

II.7. APRENDER A EVALUAR

Así como invertimos gran cantidad de tiempo para preparar un programa de canto, debemos dedicar un tiempo para repasar lo que hicimos y cómo lo hicimos. Pero la realidad es que hay una cierta renuencia a querer evaluar lo que hemos hecho. Parte de esta renuencia proviene de la correcta creencia de que la adoración es una actividad espiritual y que, al final, Dios juega un papel misterioso en ella. ¿Quién puede decir, después de todo, si las personas “realmente adoraron”; o si realmente hubo un “encuentro con Dios”; o si Dios verdaderamente fue “glorificado”?

Aún así si se nos ha dado la habilidad para planear el tiempo de canto, podemos evaluar hasta cierto grado lo que hemos hecho. Quizás, el mejor momento de la evaluación es en la primera parte del próximo ensayo. La evaluación no tiene como objetivo abochornar a nadie sino que busca reconocer, en forma concreta, lo que se logró y aquello que aún hay que mejorar. Al final, se puede tener un tiempo de oración donde agradezcamos en todo lo que Dios nos ayudó y pedir su ayuda para aquello por alcanzar.

Cuando evaluamos, para no herir a nadie, utilizamos el término “nosotros”. Por ejemplo, aunque hubo sólo un integrante del grupo que desafinó, o entró a destiempo, decimos: “Esta canción debemos practicarla más pues aún desafinamos”. En la evaluación, lo positivo o negativo que ocurrió es lo positivo o negativo del grupo. No destacamos aciertos o desaciertos personales, sino que los asumimos como los aciertos o desaciertos de grupo.

He aquí un listado de áreas para evaluar y sus correspondientes preguntas...

1. Culto o reunión en general

- ¿El ambiente fue respetuoso? ¿Alegre? ¿Apropiado para el tema de la reunión o culto?
- ¿Se guió el canto hacia las personas o hacia Dios?
- ¿Estuvo claro el propósito de cada parte del programa? ¿Las personas entendieron su relación con el resto del culto?
- ¿Las transiciones estuvieron claras? ¿Fueron muy rápidas o demasiado extensas?
- ¿Se dirigió el canto de una manera muy formal o demasiado informal para la congregación?
- ¿Se prolongó el programa? ¿Fue rápido? ¿En qué parte nos prolongamos más y en cuál nos apresuramos?

2. Vida comunitaria

- ¿Hicimos que las personas nuevas se sintieran cómodas?
- ¿Todos tuvieron acceso a los cancioneros, programas impresos o filminas?

3. Participación de la congregación

- ¿El cancionero, programa impreso o filminas fueron fácil de seguir?
- ¿Confundimos a las personas de alguna forma?
- ¿La congregación entendió lo que tenía que hacer (especialmente si era algo nuevo)?
- ¿La congregación participó en la forma en que los planificadores del programa de canto esperaban? ¿En qué sí o en qué no?

4. Lectores, presentadores, y oradores

- ¿Estaban bien preparados estos participantes?
- ¿Se comunicaron con sinceridad y sentimiento?
- ¿Hubo algún hábito característico (“muletilla”) que distrajera la atención?
- ¿Las oraciones parecían significativas o estaban llenas de frases gastadas?
- ¿La meditación fue acorde con el programa de canto?

5. Cantos

- ¿La relación entre la meditación y los cánticos fue apropiada?
- ¿Cuántos cantos nuevos o poco familiares se le pidió a la congregación que cantara?
- ¿Los acompañamientos musicales ayudaron a la congregación a cantar bien —en ritmo, volumen?
- ¿La congregación sabía que hacer: cuáles versos cantar, cuándo empezar o detenerse, etc.?

6. Música o canciones especiales

- a. ¿Las letras fueron claras?
- b. ¿La calidad de la presentación calzaba con la ocasión?
- c. ¿El estilo y mensaje de la música calzaba con el culto?

7. Invitación

- a. ¿Fue clara la invitación para la oración, consagración, o conversión?
- b. ¿El tono fue sincero, personal y no amenazador?

8. El aspecto espiritual

Aunque Dios al final trabaja en formas misteriosas, ésta es la dimensión del canto más importante.

- a. Corazón: ¿En qué parte del programa se tocó más los sentimientos y emociones de las personas?
- b. Alma: ¿De qué formas el programa permitió a las personas acercarse a Dios? ¿Alguien comunicó dicha experiencia, aunque sea en forma sutil?
- c. Mente: ¿Qué verdad espiritual trató de comunicar el programa? ¿Se pudo entender?

9. Grupo

- a. ¿Fue equitativa la participación del grupo? ¿Alguien resaltó más que otro?
- b. ¿Estuvimos comunicados?
- c. ¿Pudimos solucionar los imprevistos que se presentaron?
- d. ¿Qué pudimos hacer mejor?

10. Sonido

- a. ¿Se acopló algún micrófono?
- b. ¿Los instrumentos estuvieron afinados?
- c. ¿Escuchamos claramente desde los monitores (o retornos)?
- d. ¿Hay algo por reparar en el sonido? (cables, clavijas, etc.)

Desde luego que las respuestas a estas preguntas pueden ser muy subjetivas de acuerdo al enfoque que les demos. Por ello es mejor que diferentes personas, líderes y participantes puedan aportar alguna información para así responder a las preguntas de manera más acertada.

No están agotadas las áreas para evaluar, se pueden agregar otras a medida que las reconozcamos y enfatizamos en ellas.

Recordemos que los aciertos y desaciertos, también forman parte de la “escuela de Dios” para el grupo; nos ayudan a motivarnos y a mantener la humildad, por ello: no temamos en reconocerlos.